

Una vida junto a ETA

Necesito otra ilusión

Hoy, que tengo años para regalar, es cuando más siento tu ausencia, es cuando noto que la vida que me ofrecías cambió el camino que inicié en aquellos años en los que era joven, cuando la libertad que me hacía bailar con la juventud de un sueño que partió sin pedirme permiso, veía venir a un muchacho de los de entonces, con la timidez a cuestas y el peso de la adolescencia.

Y hoy, cuando quiero dejar reflejada en mis escritos la esencia de un mundo que amaba, también tengo la certeza de que la inocencia es el juego de aquellos mis primeros pasos. Hoy no tengo la necesidad de odiar, y me recreo en la parábola donde se encuadra el perdón, ese que alguna vez me ha perseguido para adentrarse en mis denostadas y sufridas espaldas, ese sitio donde todo se cuelga. Si yo quisiera morir mientras escribo este libro, tendría que hacerlo en los instantes en que tenga el permiso que me llegará cuando mi destino tenga las manos quietas y frías, desesperadamente petrificadas, en la vivencia de lo inerte.

Y ahora... ahora que me encuentro sumido en la elaboración de recuerdos, sabes que no deseo que tus manos también se colorean blancas y frías. Y esa sumisión que me cerca, marcha despacio, desde un océano plagado de pedregales hasta aquel campo donde el mar se regodea. Que ya no quiero vivir para mirarte como se mira el pasado, pero... ¡pero no me dejes solo! Que hoy quiero dejar plasmado en estas hojas el silencio que respira supuestos, cánticos reales bajo mi punto de vista, de hechos tan reales como metafóricos, pero vividos en el limbo, plastificados en un corazón sensible, en el infinito que te llama, a ti y a mí, con delicadeza y con amor. No pidas amor si nunca fuiste capaz de decirle a una mujer que la querías locamente, que la amabas-.

Y es que fueron tantas situaciones inverosímiles, de un día sí y el año pasado también, que me enorgullezco cuando me mandas una rosa con sabor a audacia, a entrega, a sacrificio, y a saber que no te cambio mi vida; porque mi vida traspasó orbes y cantó poesías en aquel banco de un parque cualquiera, donde tus labios y los míos se unieron aquella primera vez, aquella primera y única vez. ¡Quizá faltó lo inimaginable de un sentido abrazo, y la felicidad que un día aciago terminó de condenar!

Una vida más allá de Azla

La estancia en la que intentan acomodarse invita al recuerdo y a la razón, a aquello que te ilusionaba y que murió una tarde de abril. Francisco Javier no podía olvidar que él había nacido allí, que todo lo de aquella tierra era amar el recuerdo, cerca de la frontera del protectorado que no olvidó y que, a su vez, penetrando con la fuerza de un corazón blanco y limpio, amó a su brisa marina y a un sabor maravilloso de corte autóctono.

Nuestro amigo se llamaba Ahmed. Había construido unas cabañas de madera que se abrían por todos sus poros, estando a unos metros del nivel del mar pero a cuatro metros de distancia. Más arriba se levantaba un chalet de su propiedad, todo ello conseguido a base de pasar kilos de hachís desde la costa marroquí a la española en una lancha petroleada, fundida.

«Me cogieron en una playa cercana a Estepona. Ya había descargado, y la Policía quería saber el nombre del que se llevó la droga. Tras un mes detenido, me dieron la libertad y ya no he vuelto a salir... misiana Policía española. Yo ya

vivía mi vida con normalidad, y mi pasado murió cuando mis hijos empezaron a crecer y el miedo me hizo montar aquella casa donde vivo».

Ninguno profuso al alcohol, optan por fumar, por darle unas caladas a una pipa de *kiffi*, en una *¡pse-pse!* Bueno, alguno no necesitó fumar, o nadie los vio. El té moruno, acompañado de unos dulces autóctonos, del país, hacen de su estancia un placer. Se encuentran ante una situación nunca antes vivida, en aquel paraíso cercano a Azla, ese maravilloso camping muy próximo a la populosa Tetuán, al norte de Marruecos. Entre risas nerviosas, todos temen empezar. Porque cada uno guarda una historia triste, un panfleto incompleto. Y allí, ante la tranquilidad que ofrece lo verde que amenizaba el lugar, comenzamos a hablar de lo bello y las buenas tierras que tenía aquel bello país. Un lugar verdaderamente paradisiaco.

—Por favor, señor, queremos un té moruno largo, clarito, con poco azúcar, y unos pastelitos del pueblo. Muchas gracias.

Cuando se aleja el camarero, siempre se pone de relieve el buen trato que ofrecen a los clientes, especialmente extranjeros. En eso están de acuerdo, y sonríen del trato de esa buena gente.

—Siempre suelen poner un vaso de agua y en algunas cafeterías, te invitan a un vasito de zumo de naranja

natural. También ponen aceitunas cuando pides un desayuno. Es increíble.

—Sí, ¡son geniales!

La distancia vibra entre palabras inconexas. En realidad nadie quiere empezar a hablar sobre lo que esperan y desean, y es que cada uno de ellos quiere soltar amarras.

Con el propósito a flor de piel, banalizan sobre asuntos políticos o futbolísticos. También sobre la belleza de una joven que exhibió antes unos ojos inéditos. Su cara de porcelana se quedó grabada en alguna mente: «Vaya preciosidad de niña...».

—No hay duda de que, con el paso de los años, ganas en sapiencia; pero superas a veces el orbe inalcanzable de la sabiduría, llegando al éxtasis del pensamiento moderno. En realidad parece, solo parece, que cumplir años te conduce a estados de tranquilidad, a estar de acuerdo contigo mismo.

Los amigos de Francisco Javier, uno de los parafraseantes, recauchutan sus neuronas para conseguir entender la prodigiosa elucubración, produciendo sonrisas y susurros livianos...

—¡Este sigue como una cabra! —se percibe que dice uno de ellos.

Cuando la pipita y el insuperable sabor del té comienzan a conjugar órganos corporales, los matices mentales

de los cuatro amigos comienzan a descarrilar en busca de ese barranco al que pedir perdón y, en muchas ocasiones, ¡justicia!

—Qué bonita y bella palabra para entrar a fuego con su esencia.

Francisco Javier mira fijamente a los ojos de sus tres amigos, esperando un gesto, un ademán, algo que no lo deje con la duda de que lo que dijo fue una auténtica gilipollez. Espera.

Ernesto es el que se lanza inesperadamente a contar su historia. Hechos que se producen en los primeros años de este siglo y que le han sumido en una depresión por la que, si nada lo remedia, su acercamiento a un mundo de adiós como única salida llegará a ser alarmante. Su ingreso en un psiquiátrico durante un tiempo solo ayudó a magnificar la enfermedad. Hoy es un hombre triste e incapaz de superar los estrechos caminos que le oferta la vida. A veces, tiene miedo de respirar.

—Es cierto que en los últimos tiempos estoy mejor. Lucho todos los días contra esta incomprensida enfermedad, que no sabes por qué te llega, te fulmina; y todo lo que antes era maravilloso, hoy es una auténtica pesadilla, porque no sales de ella. Ningún profesional ha conseguido dar con la tecla que me libere de esta procesión. Tengo la certeza de que soy el culpable y de que

lo superaré, de que tengo fuerzas y ganas, de que puedo coger la sartén por el mango; pero sí, necesito ayuda. ¡Necesito apoyos!

Los amigos escuchan atentamente las lamentaciones de Ernesto que, en su emoción, llega a pintar una lágrima en su tez. Es Francisco Javier quien, después de aclararse la garganta, interviene para apoyar incondicionalmente a aquel amigo destruido por los gestores de la mente, aquella desconocida e irreparable sentencia que hace de su vida un miedo constante.

—Tienes todo mi apoyo, y cuenta conmigo siempre; llámame y acudiré sin pensarlo. Pero también te pido que seas fuerte y que luches todo el día por encarrilar tu vida. Eso es lo que quiero.

Carlos escucha la conversación sin intervenir: «mi vida se la saben de memoria». Pero quiere sacar cosas nuevas, y por eso espera. Piensa que ya se ha cansado de no encontrar respuesta.

—No he llegado a comprender por qué sigue sobreviviendo el mal. Si los malos supieran qué bueno es hacer el bien, seguramente serían personas agarradas a la bondad. Detesto volver a cosas pasadas de mi vida, a comentar hechos denigrantes y de poco compañerismo. Me doy cuenta de que cada vez cuento con menos amigos, y eso no es lo que quiero. En mi despedida, es posible que

me sienta realmente solo, que en realidad haga muy solo mi último viaje. Es preocupante.

—Cuando el día llegue, te importará un huevo quién va a despedirte. Yo, particularmente, no quiero que venga nadie.

—Bien, no me gustaría representar ante vosotros el papel de un hombre que cayó, pero que... —se esfuerza, iluso, Francisco Javier—: Todos los días, busco los senderos que me hagan salir de esta maldita condena que me fue impuesta por ser normal, serio, consecuente, recto y coherente. Esto forma parte de la vida de los que decidimos valorar como prioritario el inmenso caudal de la institución, en detrimento del interés personal. Tu implicación, que es optativa, está tan remunerada como la de aquel que se sienta en la mesa contigua y que sabe pasar de la penuria del trabajo con efectiva y absoluta normalidad. En realidad, es tan fácil representar una comedia y en cambio... ¡Qué poco recibes de ese sufrimiento tan vil, cruel y corrosivo!

—Eres una víctima directa del terrorismo, porque el artefacto iba a tu nombre —asevera Luis, que hasta ese momento, ha utilizado sus dotes de observador—. Te acusan de ser el conductor de una serie de acciones y tratos que ellos califican de tortura. Incluso un medio escrito de tu ciudad repite la noticia en los mismos términos que en

el diario *Egin*. Todo ello me lleva a pensar que todo el peso recae sobre ti, y así durante varios años... ¿Por qué? ¿Por qué fuiste su objetivo? ¿Qué induce a la banda terrorista ETA a ese intento de asesinato? Porque alguna explicación debe haber —concluye Luis.

—Parece irremediable que tengamos que hablar de este hecho que me ha hecho mucho daño y que ha causado dolor en mi familia directa. El terrorismo no tiene nacionalidad, y mucho menos sentido; pero os puedo contar hasta caer desmayado que, casi todo el tiempo, deambula con libertad por mi mente. Esa pregunta que me acabas de hacer, se la podías haber hecho a cualquier persona que haya tenido la fatalidad de ser víctima del terrorismo. Y no hay ninguna intención detrás, eso te lo puedo asegurar... ¿Por qué? Yo diría que no tiene una explicación. ¿Por qué les toca a unos y a otros no? Muchas víctimas vestían uniforme cuando fueron asesinadas; pero también lo fueron periodistas, políticos, las víctimas de *Hipercor*, niños... No se puede determinar el grado de maldad de los que formaron o forman este o cualquier grupo terrorista. En decepcionantes casos, y sin motivo aparente, eran víctimas directas; y en otras... ¡en otras no!, lo eran fortuitamente. Pero todas con la misma significación, con el mismo odio y la misma felonía. Nada me impediría valorar qué pasó aquel día, como supongo